PERIODICO SATIRICO DE CIRNCIAS MÉDICAS.

Se suscribe en Madrid librería de Monier, de Cuesta y Villa; en provincias en las principales librerías y en las subdelegaciones de Medicina y Farmacia. También se hacen por medio de libranzas de correos, dirigidas FRANCAS DE PORTE al administrador de la LINTERNA, calle de los Estudios, número 9, cuarto principal.

HAHNNEMAN Y SU SISTEMA.

Es muy frecuente entre nosotros el decir que el gallego que despueta en lo calavera, en lo desprendido, en lo desenvuelto, es mas calavera, mas desprendido, y mas desenvuelto que cualquiera de los mas avanzados calaveras de otras provincias. Por esta fuerza de los contrastos se dice tambien del andaluz que sale encojido, pacato y cazurro, que es mas encojido, mas pacato y mas cazurro, que los encojidos, pacatos y cazurros del resto de la península.

En Alemania, país del raciocinio y de la filosofía, centro de la investigación, perpétuo laboratorio de las ciencias: en ese país donde la santidad es cualidad distintiva de la mayoría de sus hijos, salen algunos tan locos y atronados, tan calaveras y farsantes, tan tarambanas y bullangueros, que el que desouella poseyendo estos atributos dá treinta y gana á el de cabeza mas ligera de los calaveras y farsantes franceses que es el tipo primero del calavera y el farsante.

En ese país (Alemania) privilegiado para la severa inteligencia, se producen de tiempo en tiempo aberraciones monstruosas, que si se repitieran frecuentemente, serian suficientes á extinguir el género humano. Allí nació Lutero, fraile tan intrigante como travieso, tan ambicioso como vengativo. Apostató de los verdaderos principios religiosos, sembró la tea de la discordia en la iglesia católica, y empezó á recrear su avariento espíritu en el cisma que él habia fundado y que cada vez tomaba mayor incremento.

Los males que la sociedad ha experimentado desde entonces son incalculables é inapreciable la sangre humana derramada por su causa. Como si no tuviese bastante de que arrepentirse la Alemania con haber producido aquel travieso mozo, arrojó al mundo en el siglo pasado, siglo de tormentas por cierto, otro angelito á quien llamaron Samuel Hahneman. Sus padrinos tuvieron tino para darle nombre, y le aplicaron uno muy comun entre los judios, como para no desmentir las inclinaciones que luego habia de ostentar. Este rapazuelo empezó desde pequeño á dar palpables muestras de su bendito carácter, que entre otras cualidades sumamente significativas reunia las de osado, envidioso, ligero, avaro y vengativo. Por desgracia del género humano dedicóse este santo varon al estudio de la medicina y aun quiso tomar nociones de química, en la cual hizo tan grandes adelantos, que los pocos escritos que de ella dió á luz revelan mucha ignorancia de los fundamentos de esta ciencia; pero un atrevimiento sin límites. Como es natural, fué mirado con indiferencia y lástima por estos desafueros científicos, y aunque humillado su amor propio, reconoció que donde hubiera necesidad de hacer manifestaciones científicas palpables y exactas, ni debia ni podia meter baza. Retiróse pues, del campo de la química, en cuyo terreno tan mal librado habia salido, y queriendo probar suerte en la medicina, se decidió á ensayar sus talentos en la curacion de enfermos. ¡Pobres de ellos! Desgraciados los que se vieron precisados á caer en

sus manos! Su desacierto se hizo proverbial, su torpeza se pregonaba por todas partes y su nombre se temia mas que una calamidad pública. El día en que él iba á visitar á un enfermo, la fúnebre campana se cuidaba de anunciar el resultado de la cura; por esto se compuso una cancion que entre otras contiene la siguiente coplilla:

¡Pobre enfermo! ¡triste de él!
¿quién su desventura ataja?
Preparadle la mortaja
que le visita Samuel.

Y Samuel proseguia impertérrito, siendo el brazo que la muerte habia alquilado para que hiciese las veces de su cortadora guadaña. Convencidos al fin sus paisanos de la plaga que los aniquitaba con la proteccion del mocito Hahneman le negaron de todo punto la entrada en sus casas, y los chiquillos se encargaron de apedrearle, mirando en el al verdugo que iba á cometer con todas sus parentizas. Los médicos estaban avergonzados al ver los desastres que causaba: ni la malicia mas refinada hubiera podido cometer mas desaciertos que los que Samuel cometa en la administracion de medicamentos. Y cómo no ser así? Cabeza vana, llena de viento y de ambicion; falta de conocimientos fundamentales para hacer uso de las teorías en que á veces se engolfaba, sin buen criterio, y con una voz secreta que le impulsaba á ambicionar oro, que se habia de esperar de él? Pero al verse sin prestigio y sin clientela, que era lo que mas le afligia, se encerró en su sala, y dando expansion á su carácter irascible y vengativo empezó á discurrir como se vengaria de la sociedad que le rechazaba, de la medicina en quien no encontraba los poderosos recursos que otros médicos hallaban para la curacion de las enfermedades, y de los farmacéuticos que eran los depositarios de sus de sus barbarismos, consignados en recetas antifacultativas. ¡Aquí fué troya! Vengauzas personales de frente, no se atrevia á arrostrar, porque todo lo que tenia de iracundo tenia de cobarde: retos científicos no podia provocar, porque conocia la inmensidad de su pequeñez, de modo que sus sesos se volvian agua y su bolsillo se iba quedando tan limpio de moneda, como de ciencia lo estaba su cabeza. En situacion tan desesperada, intentó suicidarse (ejemplo que despues quiso ensayar un discípulo español, mas torpe que el maestro, aunque libró del suicidio intento con la sola ruptura de una pierna,) y cuando habia mandado por cordel á un criado, con el objeto de echarse una lazada al cuello, hete aquí que se presenta una bohemia, ofreciéndose á leer el tenebroso porvenir del irascible Sajon. Admite la oferta diciéndola, quien quiera que seas, oíré tranquilo cuanto falso ó verdadero me pronostiques acerca de mi destino. Habla.

BOHEMIA.—Preséntame tu mano izquierda.

SAMUEL.—Y por qué la izquierda?

BOHEMIA.—Porque es la que Dios ha destinado para señalar á los réprobos.

SAMUEL.—Y me colocas á mi entre ellos?

BOHEMIA.—Como asesino y suicida.

SAMUEL (irritado).—No te comprendo.

BOHEMIA.—Demasiado me has entendido: pero si quieres recrearte escuchando lo que sabes tambien como yo, te explicaré esas dos palabras. *Asesino* de los enfermos que han caido bajo tu férula: *suicida* porque los has sido de pensamiento y lo hubieras ejecutado á no presentarme yo aqui tan oportunamente.

SAMUEL.—Entonces vienes del cielo, para librarme del crimen que iba á cometer?

BOHEMIA.—Vengo del infierno para manifestarte que se cumplirán los deseos de ambicion, que destrozan tu pecho borrascoso.

SAMUEL.—¡Me horrorizas!

BOHEMIA.—Deja la farsa para otros: yo te conozco bien: si quieres saber tu oráculo, abre esa mano y te indicaré lo que significan esas rayas.

SAMUEL.—Leo pues. (Y la tendió su mano izquierda.)

BOHEMIA.—Esta raya transversal marca la codicia que te domina: ella es el móvil de todas tus acciones: eres vengativo y esta rayita orizontal, demuestra que te vengarás haciendo uso de la farsa: apostarás de la medicina y hallarás la recompensa que deseas. Este lavorinto de rayas que se cruzan entre sí, indica el embrollado laverinto de un sistema, de que te llamarán autor.

SAMUEL.—Pero sistema médico?

BOHEMIA.—Así lo denominarás tu y los invécites ó mal intencionados que se apelliden tus discípulos.

SAMUEL.—Si la ciencia médica es para mi un jeroglífico inexplicable, si carezco de cimientos, sino tengo...

BOHEMIA.—Tienes osadía y codicia: con tan buenos elementos y la proteccion infernal ¡que no alcanzarás? El siglo te favorece; la charlataneria está en boga, preséntala con novedad y confía en lo porvenir. Cuanto mas desatinadas, inverosímiles sean las vases que fijes para tu futuro sistema, mas éxito alcanzarás, y menos dificultades encontrarás para desentrañarle. Si supieras lo bastante para formar un sistema médico, lo verias apurado para desenvolverle. Ignorándolo todo no tendrás en que detenerte. Los que le sigan, tendrán tus cualidades y no desconocerás que los ciegos no temen peligros que no conocen. Audacia y adelante.

¡Ya no te suicidas!

Y sin dar lugar á la réplica de Samuel, la Bohemia desapareció de su estancia como una exalacion.

Hahneman esombrado y confuso permaneció un instante como petrificado: pero repuesto de su sorpresa, empezó á conocer que el pensamiento suicida se alejaba de él tanto como la sed de oro crecia en su avaro pensamiento. Las palabras de la Bohemia escitan su sistema nervioso, sus ojos se contraen, sus sienes laten con violencia, y una fiebre devoradora se apodera de todo su cuerpo. Los síntomas alarmantes crecen, y un delirio feroz viene á poner término á aquella escéntrica situacion. La fisonomia de Satanás cuando se goza en la perdicion de los hombres, no tiene espresion mas diabólica que la que presentaba Hahneman en aquellos momentos. ¡Oro, oro, oro,

oro! exclamaba y esas palabras rejuvenecían su descajado semblante; después vino á caer en un letárgico sueño, que aniquiló completamente su musculatura. Pasó algunas horas en tal estado, pero la brisa de la noche empezó á refrescar sus sienes, y la falsa tranquilidad volvió á brotar en su ánimo. Juzgó sueño la aparición de la Bohemia, y creyó que aquello era una inspiración satánica, como premio merecido por las víctimas que su torpeza había ocasionado. Reflexionó un instante y después exclamó, si, tengo un sistema, sistema infernal como las ideas que me acosan, de odio y de ambición como los pensamientos que cruzan por mi mente. El siglo XIX es el más apropiado para la farsa: sea la farsa mi principal elemento.

Aquel que nada sepa y nada tenga,
que entregado á la vida licenciosa,
aventaje en astucia á la raposa,
ese buen porrián conmigo venga.
La farsa pide á voces la osadía:
quien posea por junto la impudencia,
ese será tan solo el que algún día
herede los tesoros de mi ciencia.
La anatomía á mi, falta no me hace,
la física y la química rechazo,
en mí la medicina se rehace
y mato á la farmacia de un porrazo.
Miro desde hoy como enemigo al mundo
de quien vengarme con afán ansio:
comprendo bien el lodazal inmundo
en que á lanzarme voy; lo sé... y me río.
Hombres sin fe, sin ciencia, ni decoro,
venid, venid, y aprendereis mi lema:
y á manos llenas cogereis el oro
si seguís ciegamente mi sistema.
No reparéis en barbas ni peilillos
y ostentad la sonrisa en vuestros labios,
que los tontos, los locos ó los pillos
os llenarán de plata los bolsillos
y por fin os darán nombre de sabios.
Luzbel me aplaude, mi conciencia calla,
el odio manda y la ambición impera,
ya no encuentro ante mí digno ni balla
que yo no rompa en la feroz batalla
que voy á comenzar con mi bandera.

Pero cual va á ser esta, exclamó? Satanás me ha dado la idea, quien me presta ahora el fuego de la inspiración para desenvolverla? Miró al lado izquierdo de la mesa y vió dos botellas de vino del Rin, y cogiendo con ansia una de ellas, se echó al colete el líquido que contenía y empezó entonces el momento de luzidez, propio de aquella cabeza. Tomó la pluma y á grandes rasgos trazó su sistema, reservándose después el desmenuzarlo con tanta facilidad como lo había concebido. Sus principales plumadas revelaron lo siguiente:

CAUSAS que me han impulsado á plantear mi sistema, que desde hoy se reconocerá con el nombre de HOMEOPATIA.

«Mi ineptitud para el ejercicio de la medicina á la que detesto con mis cinco sentidos, porque jamás he sabido hacer buen uso de ella.»

«El odio que tengo á los médicos, cirujanos y farmacéuticos, porque los primeros entienden de lo que yo no sé, y los segundos tienen en su poder las espeluznantes muestras de mi ignorancia y de mis desaciertos.»

«El rencor que profeso á la sociedad entera porque me desprecia en premio del daño que la he hecho.»

«Mi sed de oro y de venganza.»

«El deseo de ser jefe aunque sea de las errantes tribus de la Arabia.»

PLAN FUNDAMENTAL DE MI SISTEMA. Los desaciertos se enmiendan con desaciertos: he aquí mi lema. *Similia similibus curantur.*»

MEDIOS DE ACREDITARLO. Despreciar todo lo que hasta el día se sabe: ni los nombres, ni los nombres de crédito y de méritos, serán respetados por mí gente. Se atizará la insubordinación en las escuelas de enseñanza: se gritará mucho, insultando á toda persona de valer, y los sarcasmos y epigramas que se nos dirijan, los oíremos como quien oye llover. A ninguno de los míos le asomarán los colores al rostro: esta es la cualidad más esencial en la época presente. Para ser buen farsante estorva el pudor. «No habrá enfermedad que no nos comprometamos á curar con

mi sistema: la causa de la muerte de los enfermos, se atribuirá siempre á desaciertos anteriores de los verdaderos médicos, ó á tardanza en haber acudido á nuestros recursos.»

«Todas las enfermedades reconocerán por causa tres vicios que yo reúno en mi cuerpo, y que en justa venganza diré que residen en la sociedad entera. Yo he tenido sarna mucho tiempo: que la tenga todo el mundo, y désela el nombre de psora: yo he padecido mucho venéreo, atribuyámoselo á todo el género humano, y la sífilis la haremos peculiar de todas las clases y condiciones de la sociedad. Yo he tenido mi cuerpo sembrado de verrugas; que sea atributo de todo vicio viviente este padecimiento, y reconózcase con el nombre de psicosis.»

«Los medicamentos homeopáticos serán la nada: pero para que los necios crean en nuestros recursos, es preciso dar esta nada en forma de diminutos glóbulos, que se dirá son de mercurio, de ajénjos, de manzanilla, etc., pero nunca serán más que de azúcar de leche.»

«Para que la farsa no sea tan pronto conocida, se negará el derecho de preparación de los homeopáticos anises á los farmacéuticos. Si se descubre la verdad de mis recursos, el sistema queda destruido.»

«Se hablará de diluciones, de síntomas, de dinamización, de progresos, de regeneración médica, y cuando preciso sea, se pronunciarán palabras misteriosas que acompañen á la administración de los glóbulos.»

«Mi idea es infernal, pero debo la felicidad del desenvolvimiento á una borrachera.»

Estos son, pues, los fundamentos de mi calendario homeopático.

Mi paisano Lutero apostató de la religión cristiana, yo apostato de la ciencia médica, y si consigo mi objeto, qué me importa que me llamen el Lutero de la medicina?

La sociedad está compuesta de unos pocos entendidos, de algunos pillos y de muchos tontos. Los primeros son los menos y generalmente los más pobres: nada quiero con ellos, ni nada bueno me puede resultar de tales nenes: los segundos quieren oro, como yo lo quiero: si son herederos de los enfermos, me elogiarán y serán mis panegiristas: sino son herederos de ricos, buscarán farsa y por lo tanto son míos. Estos constituirán la flor y nata de mis predilectos discípulos. Los terceros que son los más, me presentan el campo más vasto y productivo: ellos serán el inmenso filón que me propongo explotar. Este es el libro secreto de mis doctrinas, el cual no se enseñará sino á los iniciados en todos los secretos de la secta hahnemaniana.

Y Hahneman empezó á escribir su memorable *Organon*.

La admisión de un neófito.

Linterna ante cuya luz,
sus semblantes macilentos
retiran sobre cojidos
los socuaces más acérrimos
de Hahneman, del mismo modo
que á la claridad saliendo
del sol, cierran su pupila
la lechuzca y el mochuelo,
(y aquí la comparación
es propia según yo creo
pues los unos y las otras
son aves de mal agüero.)
Alumbra, para que pueda
narrar al lector benévolo,
un lance, que si viviera
D. Francisco de Quevedo,
viva Dios que le contara
con todo el chiste sangriento
de que era capaz la musa
que brotaba de su genio.
Mas yo que no tengo nada
de aquel picante gracejo,
de la sal epigramática
conque le dotara el cielo,
le contaré solamente
en octosílabos versos,
para más amenidad
de este número tercero
de la *Linterna*, periódico
que entre alegre y entre serio
dice sendas claridades
á todos los *glóbuleros*.
Es la admisión de un Neófito

el lance á que me refiero;
y como juzgo preciso
que hagamos conocimiento
para mayor claridad
con el héroe celeberrimo
de este romance, diré
reduciéndola á compendio
su historia, lo que resulta
de los datos que tenemos
en nuestra secretaría,
recojidos al efecto.
Estos datos bibliográficos
dicen poco más ó menos
lo siguiente. —D. Rufino
Centenosa, primogénito
de una familia aunque humilde
honrada, en los buenos tiempos
de su alegre juventud
vino á estudiar los misterios
de la ciencia de Esculapio
á Madrid: pero el mancebo
que era dado á los placeres
porque su temperamento
era ardiente y vigoroso,
en vez de estar leyendo
por las noches en su cuarto
á Hipócrates y á Linneo,
tiró en un rincón los libros
se compró lentes y cuernos
postizos, y se metió
en un teatro casero
donde entre ensayos y juntas
y otros entretenimientos,
(que por respeto al lector
nosotros suprimiremos),
á Rufino Centenosa
se le fué pasando el tiempo.
Llegó el día del examen,
plazo fatal que con miedo
en el corazón contemplaban
los que en la holganza vivieron.
Mas Rufino Centenosa
mozo templado y travieso,
realizó tantas visitas
y buscó tantos empeños,
que logró salir airoso
del examen, y fué Médico.
Hete pues á Centenosa
con ese poder supremo
que dá un título..... Corramos
á sus deslices un velo.
La ignorancia en Medicina
es un crimen bien horrendo.
D. Rufino es en la ciencia
fuera de los nueve cero:
mas D. Rufino no quiere
ir á encerrarse en un pueblo.
¿Que hacer pues en este caso?
¿Qué hacer, cuando ya el descrédito
por todas partes le cerca?
Que hacer si le faltan medios
para vivir, y no tiene
ya más cuidados enfermos
á quien dar el pasaporte?
¿Que hacer, cuando en el sendero
de los deslices la planta
puso?..... Seguir el ejemplo
de otros, y hacerse *Homeopata*
como otros muchos se hicieron

¡Necesidad! tu debieras
tener en Madrid un templo
con la imagen de la Farsa
que es la diosa de estos tiempos.

Dolante del presidente
de la secta Hahnemaniana,
D. Rufino Centenosa
se encuentra, y es cosa clara
que del contrario *contraris*
desengañado apostata,
y que al *Similia similibus*
el muy ladino se pasa.
Todos le ven orgullosos
porque su poder se agranda....
la gloria de los farsantes,
está en que medre la farsa.
Por eso entre el presidente
y Centenosa se entabla
el diálogo moralísimo
que á continuación se estampa.

Presidente.

Conque Vd. quiere ingresar
en la Hahnemaniana secta?

Neófito

Si quiero.

Presidente.

Es la más perfecta
de las ciencias de curar:
pero antes yo le conjuro
para que sea discreto.
Lo promete?

Neófito.

Lo prometo.

Presidente

Juremelo Vd.

Neofito.

Lo juro.

Presidente.

Bien: para poder llegar á ser como yo lo he sido homeopata cumplido, no es necesario estudiar. Preciso es que empiece usted á olvidar lo que há estudiado.

Neofito.

Siempre lo tube olvidado, puesto que nunca estudié.

Presidente.

Ese es un gran precedente. Vd. será como yo con el tiempo, hombre de pró.

Neofito, (haciendo una cortesía.)

Gracias, señor presidente.

Presidente.

Diganos usted ahora porque luminosa idea guiado, nuestra gragea quiere vender.

Neofito.

En buen hora.

Ya que se me dá permiso para hablar, usaré de él, y espero que será fiel á la verdad, y conciso.

A fuerza de empeños fui de médico examinado, y por favor bien marcado con el título me ví.

Presidente.

Adelante, eso es corriente; no crea usted que me asombre, porque al fin yo soy un hombre que se examinó igualmente.

Neofito.

Ignoro que estrella impía era la que me alumbraba, pues apenas visitaba á un enfermo, se moría.

Yo, sustentando mi ardid, lamentaba mis reveses, mas, si sigo así tres meses, dejo desierto á Madrid, Mataba tan sin cautela, que huían todos de mí, y poco á poco me fui quedando sin clientela.

Entonces ya reducido á un destino tan precario, exclamé; aquí es necesario tomar un pronto partido. Rechinando de coraje estaba un día los dientes cuando ví, con estos lentes, que usted iba en carruaje.

Perfidia! grité: perfidia!!! yo estoy pobre, y ese labra su suerte... en una palabra le tuve á usted mucha envidia. Pensamientos infinitos á mi mente se agolparon, y todos me aconsejaron que vendiera globulitos.

Pasó un día y otro día, y seco como un alambre, con la furia que dá el hambre pensé en la homeopatía.

Entonces hablé á este socio para que me presentara aquí, y usted me explicara como se hace este negocio.

He concluido señor presidente, y ahora espero, que usted, que es un caballero, me admita socio de honor.

Presidente.

Bien habla usted.

Neofito.

No me atranco por nada

Presidente.

Por vida mía, que usted gastará algun día como yo, chaleco blanco.

Por de pronto, usted se arruina, si no niega con gran fé, todos los principios de la secular medicina.

Diga usted con voz de trueno sobándose los bigotes, que eran unos monigotes HIPÓCRATES y GALENO.

Que su memoria es fatal; que nada ha ido con concierto, hasta que se ha descubierto el dinamismo vital.

Tenga usted exclusivismo que esto es muy propio de sabios, y que nunca de los labios se le caiga el dinamismo.

Aquí en la homeopatía, nunca hablamos con franqueza, porque al dolor de cabeza le llamamos pulmonía.

Con esto, y conque la suerte, al que haga usted la mamola, le libre por carambola de las garras de la muerte.

no tenga usted duda alguna que medra cual yo medré, parando como paré la rueda de la fortuna.

.....

y aquí se dieron las manos con la farsante espresion, que se la dán, los que son en la faramalla hermanos.

Epilogo.

Esta especie de cuento ó de historieta te sirva de consejo ó de receta para lo porvenir, pues fuera serio trance, amargo y fatal, que esa familia te aplicara imprudente su similia y te echara ¡oh lector! al cementerio.

Contempla en D. Rufino Centenosa el tipo de esa secta ignominiosa: muchos como él, perdidos ya, sin ciencia, sofocando la voz de su conciencia, con su propia ignorancia especularon y al bando de la farsa se pasaron.

Y aun pretende probarnos ese enjambre que de ciencia y de fé son un tesoro... tienen razon: su ciencia busca el oro, porque su pobre fé brotó del hambre.

ALUMBRA LINTERNA.

La farsa homeopática sigue haciendo prodigios en la direccion general de infantería. El diario de avisos del 20 de enero próximo pasado inserta uno, invitando á los amigos del brigadier Paniagua á que concurren á su funeral en la parroquia de San Sebastian; y otro, además, á fin de que las personas relacionadas con el coronel D. Dionisio Mondojar, asistiesen á acompañar su cadáver al cementerio. El primero era secretario de la direccion; el segundo ayudante de campo del Sr. Director general: el primero de edad de 45 años, el segundo de unos 41; el primero murió de una pulmonía muy estensa; el segundo de una pulmonía circunscrita, mucho mas leve, de curacion segura, en boca de los Excmos. homeopatas Nuñez é Hysern, primeros galanes de esta tragedia. El temperamento de ambas victimas era sanguineo; su naturaleza fuerte; diganlo sino cuantos les conocian; la constitucion atmosférica reinante ha dado á todas las enfermedades el carácter irritativo é inflamatorio. Las evacuaciones sanguíneas han salvado muchísimos enfermos, en manos de los médicos racionales. En la misma casa mortuoria de los valientes gefes que la afeminada medicina globular no tuvo la habilidad de salvar, la viuda septuagenaria del magistrado D. Juan Nepomuceno San Miguel, libró con vida, de la misma enfermedad que Paniagua y Mondojar, á beneficio de una sangría y demas medios de la medicina secular que escaruceis, ¡hombres, sin igual, jactanciosos! Sacrificásteis á vuestra ceguera sistemática dos valientes que vertieron impávidos su sangre en el campo de batalla... Podeis envaneceros de haber guardado, desapiadados, mas respeto á los delirios de vuestro visionario maestro, que os manda no sacar ni una gota del bálsamo de la vida, que al grito desesperado del infeliz moribundo, que á la voz misma de la naturaleza, os presentaba la sangre anegando el pulmon, saliendo á borbotones por expectoracion, y obstruyendo el paso al aire por los conductos respiratorios. Vuestro bálsamo de la vida se convirtió en causa material de muerte. El aire atmosférico, el verdadero *pabulum vite*, no hallando paso libre para penetrar en el pecho, ahogados en su propia sangre terminaron prematuramente su existencia, los que en mala hora la llamaron á vuestra osadia, terrible, pero natural enjendro de vuestra ignorancia supina.

Para mas confundiros y humillaros, los cadáveres respetables de los malogrados Paniagua y Mondojar, fulminaron contra vosotros una terrible, formidable acusacion. La sangre que en vida dejásteis encerrada en sus pulmones, contra todos los cánones de la verdadera medicina, se derramó en gran cantidad por boca y narices despues de la muerte, atestiguando con su presencia que aquellos organos no pudieron soportar ingurjitacion tan extraordinaria.

Y no intenteis, falaces, persuadir ahora que no fueron pulmonías las que padecieron Paniagua y Mondojar. Si os lo han oido centenares de personas, ¿no veis que os ponais mas en descubierto y en ridiculo?

Preguntad, los que dudeis, á toda la casa n.º 7, calle de la Magdalena, aterrada todavia; preguntad á

los compañeros, á los amigos de los difuntos, á las personas mas interesadas. Las palabras *tifus, tifoidea* os han servido de comodín para suponer graves complicaciones. No hay necesidad de tanto: basta una pulmonía verdadera para que deis cumplida cuenta de vuestro cometido, siempre que los verdaderos médicos no os preparen bien los enfermos y vengais despues, por asalto, á recojer el fruto. Mas de una vez hemos podido decir *hos ego versiculos feci, tulit alter honores*; pero ya estamos prevenidos; os conocemos ya; y por lo mismo que os conocemos, en nombre de la humanidad damos la voz de alerta.

Es de esperar que los desgraciados sucesos que el público y nosotros lamentamos, repeticion de otros muchos de igual horrible naturaleza han de servir de útil leccion á los que hayan podido hasta aquí hacerse ilusiones. La linterna alumbrará y su luz es y será siempre la luz de la verdad.

REMITIDOS.

Respingo de una musa arrinconada al GLORIOSO HAHNNEMAN.

SONETO.

Por tí, sajón ilustre, cuanto baña el luminoso Sol sobre la tierra renovará la faz, y cruda guerra por tí se harán los médicos con saña.

La parca romperá la atroz guadaña cuyo filo fatal al hombre aterra, y desde el valle humilde á la alta sierra resonará tu voz acá en España.

Tus globulillos son la panacea que cura á los mortales de mil modos: remedio universal, feliz grajea con que se libran los enfermos todos del peso insoportable de la vida: ¡Oh dicha incomparable y no querida!

LETRILLA.

Al enfermo que á don Juan homeopata travieso, llama con ansia y afán para curarle un divieso, panadizo ó zaratan; y le deja patitieso con su homeopatía, le cayó la lotería.

Al que con la mejor fé se entrega al charlatanismo y embaucador empirismo del homeopata, y vé por mas iluso que esté; que todo es embustería, le cayó la lotería.

Al que padece dolor de costado fulminante, y necesita al instante sangrias; y su doctor insigne garrulador, sigue la homeopatía, le cayó la lotería.

A todos los que se crean del homeopata avaro que les hace pagar caro su empirismo y su gragea; y por último se vean con tomar vanos anises sin salud y de monises la pobre bolsa vacía, les cayó la lotería.

Al que se deja embaucar de globuleros cambiantes, nueva raza de farsantes de la ciencia de curar, que pretende transformar con impudente falacia la medicina y farmacia, la química y cirugía en soez pedantería, le cayó la lotería.

Un suscriptor de la tierra de los charros.

Comunicado de D. Pio.

Sres. Redactores de la Linterna Médica: con esta fecha dirijo á los redactores del Continela el adjunto comunicado que espero tengan vds. la bondad de insertarlo en su periódico, en prueba de imparcialidad, en lo que recibirá favor S. S. Q. B. S. M. Pio Hernandez y Espeso.

Sres. redactores del *Centinel*.

Muy Sres. míos: en el número 6 de su periódico se permiten vds. hablar de mi insignificante persona de un modo incalificable y donde resalta claramente la pasión, y aun otra cosa peor que no quiero mencionar. Parece imposible lleguen vds. a confundir e istamente la defensa filosófica y general de la homeopatía que es lo que me he propuesto, con la enseñanza de la misma en cátedras puramente médicas, pero bastaba sin duda que no fuera de su agrado para impugnarlo sin reparar en los medios, y aun sin haberme oído, pues con gran candidez dicen vds. que se asegura me he lanzado en el Ateneo cuando con solo leer el Boletín de Medicina y la Linterna no se podía dudar. «Dicen vds. que sienten mucho mi ligereza si es que soy médico homeopata, etc.» y lejos de ofenderme por tan estúpida ignorancia (1) y tratar de probarse de un modo irrecusable, creo mas conveniente manifestar que no son vds. bastante competentes para juzgar del grado de adhesión a la doctrina homeopática a que he llegado. Efectivamente; ¿quién es el Sr. Valero, muy joven en la ciencia y mas aun en homeopatía, sin antecedentes públicos y claros para juzgar de quien cuando él estaba al principio de su carrera, ya habia dado testimonios públicos de su instrucción en homeopatía? Pues que, basta para ser homeopata escribir como el Sr. Valero, un folleto guardando el incógnito, (2) erigirse en director anónimo de un periódico que no puede menos de rechazar todo homeopata sensato, (3) y convertirse en ridiculo y servil adulador (4) del doctor francés? ¿Quién es el Sr. Tejero (5) para valorar el mas ó menos de mi pericia homeopática, cuando le consta hasta la evidencia que antes de iniciarse en la homeopatía, ya me habia lanzado a la defensa de esta en la prensa periódica? ¿Quién es, por último, el Sr. Iturralde para dudar con fundamento de si soy ó no homeopata, cuando fué él uno de los homeopatas españoles que firmaron los principios homeopáticos que tuve el honor de proponer en la discusión con el periódico la Facultad? ¿Qué cambio ó metamorfosis ha sufrido el señor Iturralde! (6) Mas ya recuerdo el adagio español de *por mi mejoría mi casa dejaria*.

Me honran Vds. demasiado Sres. redactores al desentenderse del desempeño de mi tarea, pues es bien claro que siempre habrá una notable diferencia entre homeopatas como los del *Centinel* y sus misteriosos inspiradores amos y Sres. quienes confundiendo la noble misión de propagadores entusiastas y científicos, con los meros sectarios de espíritu de bandería, escitan las pasiones, (7) dan pábulo á creencias defensoras del abuso, desnaturalizando la verdadera doctrina de Hahnemann demasiado filantrópica y moral.

Con gusto por último hago presente, que ni soy en mis lecciones el eco de ninguna corporación ni ho-

meopata en particular: que del bien ó del mal que resulte soy yo solo el responsable, y que sin arrogancia de erigirme en representante de la doctrina, estoy íntimamente convencido, de que ni espresaré absurdos homeopáticos, ni de que en caso de ser vencido, cosa que no espero, serán Vds. suficientes á reconquistar el puesto perdido. (8)

Madrid y febrero 5 de 1851.

MAS ESTOCADAS A LA HOMEOPATIA.

Pocos días hace han llegado á nuestro poder dos folletos, que enérgicamente rebaten la homeopatía: el primero es producción del conocido escritor y catedrático de Santiago, señor Varela Montes: el segundo escrito en lenguaje al alcance de todos, envuelve el pensamiento de revelar á la generalidad lo que es esa pseudo-doctrina y lo que de ella puede esperarse. En los dos se vé el noble fin de que el error desaparezca y que por medio de la convicción se posea todo el mundo de lo que es ese sistema, que descartado de su parte amputosa, no le queda mas que el nombre, que hasta es impropio. *Las cuatro tardes dedicadas á la homeopatía* son un diálogo entre dos personas que razonan y discuten por medio de ejemplos prácticos de aplicación inmediata á la escuela médica verdadera y á la falsa. Don Timoteo, personaje que sostiene los fueros de la medicina secular, manifiesta en sus razonamientos mas tino médico, y mas sentido comun que el que se nota en esos ilusos que arrastrados por una idea falsa, ó por el móvil de la especulación, se atreven á decir que no ha habido medicina hasta el día en que ellos nos han conocido los maravillosos prodigios de su imperceptible y singular gregoa. No sentimos por ellos esa aturdimiento, sino por las personas que sin discernimiento propio se dejan arrastrar por lo que otros dicen.

El folleto del catedrático de Santiago tiene otra elevación y otras pretensiones mas altas.

Mucho sentimos que una seña que no merece mas que el ridiculo, sea objeto de discusión seria para hombres que como el Sr. Varela Montes pueden hacer mas servicios á la ciencia, ocupándose de cualquier asunto que á ella pertenezca, que no invirtiendo un tiempo y una instrucción preciosos, en dar estocadas al aire: pues por mas que se empeñen en buscar el cuerpo de doctrina que van á combatir, no hallarán mas que un fantasma que se perderá en el espacio, como la gota de una tintura madre se pierde en las millonésimas diluciones homeopáticas.

Pero ya que el trabajo está hecho, justo es que digamos de él dos palabras: el señor Varela Montes con su recto juicio; con su buen decir y con su profundidad filosófica, ha escrito un opúsculo que revela las dotes que adornan á su autor: la disculpa que encontramos nosotros para que hombres de tal importancia gasten su ciencia y su tiempo en discusiones filosóficas, es la que el entendido y sin rival catedrático de obstetricia de esta corte, señor Corral y Oña manifiesta al encabezar sus luminosas lecciones contra la homeopatía. Oigamos lo que el señor Corral dice á sus discípulos, como en disculpa de haber hecho un trabajo de tanta conciencia, de tanto talento, con el solo objeto de combatir la homeopatía. Dice así:

«En ninguno de los cursos escolásticos anteriores ha salido de mis labios una sola palabra acerca de la homeopatía; porque no cupo jamás en mi cabeza que fuese digna de esta honra la jactanciosa creación farmacológica, que se conoce con este nombre. El mismo silencio he guardado durante el curso que he concluido, y han sido necesarios vuestros deseos para decidirme á dar en los últimos días algunas lecciones sobre esta materia. Era para mí un deber indeclinable el hacerlo, si atendía, como no podía menos de atender, á vuestras instancias. Estas me indicaban claramente que la causa que os movía, era la curiosidad de saber como juzgaba yo á esa mal llamada doctrina médica que se ha atrevido á concebir la idea gigantesca de echar por tierra los fundamentos de la medicina secular: ¡la obra de XXIII siglos! Pero sospeché al mismo tiempo, que tal vez alguno entre vosotros podría hallarse inquietado por la duda, ó dominado por el error, y en cualquiera de estos dos casos, no me era permitido el vacilar.»

Esta poderosa razon en que fundó sus lecciones el instruido señor Corral, habrá servido de norma al señor Varela para las suyas. Esta tambien es la que ha decidido al señor Mata á pronunciar las brillantes lecciones que dá en el Ateneo, las cuales alcanzan cada dia mas elogios y mas popularidad entre las personas de saber y mas vituperio de los ignorantes. No sabemos que halagará mas al señor Mata, si los elogios de las primeras, ó la pobre burla de los segundos. El impresor nos corta el artículo y nos priva de estendernos mas en otras consideraciones.

(8) Tambien esto es verdad: por muy mal que Vd. lo haga en el Ateneo, si se compara con quien nunca lo puede hacer ni bien ni mal, el triunfo no es dudoso.

LINTERNAZOS.

—Una alcaldada.— Los profesores de medicina, cirugía y farmacia, son los que relativamente pagan mas contribucion de subsidio, comparados con los de otras clases mas acomodadas: pero el administrador principal de directas de la provincia de Segovia, discurrió un medio ingenioso para hacer que los profesores de ciencias médicas viviesen limpios de polvo y de paja.

Es el caso que ademas de la contribucion de subsidio, les impuso otra so pretexto de que recibian sus mezquinas asignaciones en granos, y antojándose al señor administrador, que esto se podia llamar especulación (en concepto de cualquiera persona cuerda es una pérdida), acordó que pagasen 300 reales mas sobre lo que ya pagaban por subsidio. De cirujano sabemos, que cobraba 24 fanegas de trigo, y si le hubieran sacado los 300 reales hubiera tenido que poner dinero encima. Los profesores de ciencias médicas reclamaron contra esta medida, pero el administrador que por lo testarudo parece aragonés, insistió *erre que erre*, hasta que el gobierno de S. M., reconociendo la justísima razon de los reclamantes, y la alcaldada del administrador de rentas de Segovia, decidió la cuestion en pró de los profesores, como no podia suceder menos, queriendo rendir un tributo de justicia á las buenas causas.

Al ver tal resolusion, el que á las clases agovia intenta hacer dimision: la provincia de Segovia le agradecerá la accion.

—¡Ojalá no los hubieran!— Esta es la exclamacion que hacen, y entre paréntesis por cierto, los redactores del *Centinel* de la *Homeopatía* al querer olvidar que habia boticarios en el mundo.

Y saben nuestros lectores porque los que escriben en el *Centinel* dicen que ¡ojalá no los hubieran! pues es por la sencillísima razon de que no habiéndolos, no tenian necesidad en hacer partícipe á nadie de sus desaciertos, mas que á su petaca, la cual no delataria sus errores.

Aunque hablan como inespertos, su vil odio no se aplica, hasta tanto que estén ciertos de encerrar sus desaciertos solamente en su petaca.

Lógica homeopática.—Dice el *Centinel* de la Homeopatía. Esclamamos autorizados para declarar que el Excmo. Sr. Hysera y Molleras, á quien parece que alude el primer número de la *Linterna médica*, suponiéndole arrepentido de la práctica de la homeopatía y dispuesto á volverse á las filas de los sangradores, no solo está plenamente convencido de que la única medicina verdadera, capaz de llevar á buen término las enfermedades insensibles de tenerlo es la medicina de Hahnemann exclusivamente, sino que preferiria retirarse de la práctica del arte de curar, antes que administrar en ninguna ocasion el mas sencillo medicamento alopatico, porque el erudito catedrático de fisiología sabe bien que estos medios de que la alopatía se sirve, lejos de contribuir á la curacion de los enfermos, producen con frecuencia el efecto contrario.

En el mismo número de este periódico: en un suelto que encabeza con a propósito de lecciones, dice, al hablar del señor don Pio Hernandez y Espeso, que el instituto que se titula *homeopático*, no es ni homeopata ni alopatá. Es así que el Excmo. señor don Joaquin Hysera y Molleras, es presidente del Instituto que se titula homeopático, luego el Excmo. señor don Joaquin Hysera y Molleras no es ni homeopata ni alopatá.

El *Centinel* de la *Homeopatía*, tiene una lógica que aplasta.

Pulmonia paralítica.—Si los homeopatas no estuvieran reputados por unos ilusos, esto solo bastaria para dar una idea de la aberracion de su entendimiento. Llamar á la pulmonia, paralítica, es una herejia científica que solo podia ocurrirse á los monacillos de Samuelito Hahnemann.

Y á propósito de pulmonias. El tino que en la curacion de esta peligrosa enfermedad cuando es pulmonia verdadera, han desplegado los de los globulitos en las petacas, es tan prodigioso que todavia no tenemos noticia de ningun enfermo, que puesto á su disposicion se haya salvado de las garras de la muerte. Todos mueren como dice el *Centinel Homeopático* por completa paralización del pulmon.

¿Si habrán llamado de resultados de esto á la pulmonia paralítica?

ACLARACION IMPORTANTE.

Se ha acordado á nuestra redaccion el Dr. F. quien creyéndose aludido en un artículo del *Centinel* de la homeopatía, en el que se supone que el moncionado doctor F. es autor de uno de los insertos en la *Linterna*, nos suplica hagamos presente que ni ha tenido parte en la redaccion de la *Linterna*, ni ha escrito una palabra para ella. Esta es la verdad: y nosotros aseguramos que no habiamos tenido el gusto de hablar al Dr. F. ni sobre el pensamiento de la creacion de la *Linterna*, ni acerca de ningun asunto que con ella pudiera tener relacion, hasta que hemos tenido la honra de que haya venido á favorecer la administracion de nuestro periódico para la aclaracion espuesta.

(1) ¡Soplal y parece que no le dice nada el bueno de D. Pio. Está visto que D. Pio de cuando en cuando dice verdades que no tienen nada de homeopáticas.

(2) Segun don Pio, el señor Valerito debe ser muy aficionado á escribir detras de la concha: en algunas ocasiones da rubor el aparecer como embadurnador de mamarrachos; en otras se teme mucho á los vientos del invierno y es conveniente guarecerse para no sucumbir á las pulmonias que por lo visto se curan muy mal con los globulillos. Lo mejor es meterse en la concha y disparar detras de barreras.

(3) Lo mismo dijo el apreciable joven don Ricardo Lopez Arcilla, que aunque homeopata, aplicó tal vapuleo al *Duende*, padre del *Centinel*, que Valerito desde entonces procura vestirse de fantasma, para que no le reconozcan como nulidad, quisimos decir, como entidad del *Duende*.

(4) Valero, con la receta de D. Pio, desde luego es vana tu jargarreta: arroja pues la carreta, que te han conocido el juego.

(5) ¡Júpiter, tú tan severo, tienes tus iras calladas, oyendo tal desafuero? No escuchas que hasta Tejero mete aquí su cuarto á espadas? De tan poquísimo juicio triste consecuencia saco: abandona ese servicio, Tejero, y vuelve á tu oficio, ó te maldice el dios Baco.

(6) No le haga Vd. tal afrenta, porque el bueno de Iturralde es mozo de mucha cuenta: nunca gasta el tiempo en valde, pues va al sol que mas calienta.

(7) Aquí habla Vd. como un justo, señor don Pio: nosotros comprendemos lo poquísimo que vale toda la familia homeopática con su *semilla* y sus globulitos: pero entre Vd., en quien reconocemos mas prudencia, mas tinte de ilustracion, mas respeto á las cosas y á los hombres, mas independencia para proceder, mas recursos de buena ley para combatir, y entre esos que por oficio manejan el incensario del doctor francés, hay una diferencia como del día á la noche, del cielo á la tierra, del agua al fuego, del saber á la ignorancia, de la prudencia al desenfreno, y de la franqueza á la cobardía.

SUPLEMENTO

AL NÚMERO 5.º DE LA LINTERNA MEDICA.

Hay asuntos tan graves, tan tristes y sombríos que no pueden ni deben tratarse con ligereza, ni con buen humor. La índole de nuestro periódico nos priva de entrar en el terreno severo y formal; pero un acontecimiento funestamente notable, que importa mucho que sea conocido de la sociedad entera por las deducciones que de él se desprenden, nos ha obligado por un momento á variar de rumbo, dando expansión á nuestros sentimientos, no en el estilo peculiar de la *Linterna*, sino en el que conviene á un hecho como el que vamos á esponer.

Estrictamente rígidos en cumplir lo que hemos ofrecido á nuestros lectores, y no queriendo perjudicarlos en nada, hemos decidido dar un suplemento, que á costa de nuestros intereses y sin menoscabo de los de nuestros lectores, nos permita llenar un deber de conciencia, en beneficio de la sociedad.

La prensa política haciéndonos la honra de tomar de nuestro periódico algunos articulitos, ha manifestado deseos de saber circunstanciadamente lo que ha habido y á lo que se debe atender en los tratamientos médico-homeopáticos indicados y seguidos en el curso de las enfermedades, á que han sucumbido últimamente algunas personas notables.— Nada más justo que satisfacer sus deseos y aclarar narraciones interesadas é inexactas que han circulado en un periódico homeopático, que tiene el encargo de aplaudir y narrar á su modo los triunfos tristemente célebres que alcanzan sus padrinos.

La ciencia, la sociedad y particularmente las autoridades encargadas de velar por la salud pública tienen obligación de tomar acta de estos hechos, y después de dilucidados, contribuir á atajarlos, cada cual en la línea que le corresponde.

Un interesado de la familia del desgraciado coronel D. Dionisio Mondejar nos remite una extensa historia de lo ocurrido desde el momento en que cayó enfermo, con todas las minuciosidades observadas y recojidas por un pariente y testigo presencial de los acontecimientos. La extensión de su escrito nos impide insertarlo íntegro, pero tomaremos de él los párrafos más sustanciales, copiados literalmente, y ellos bastarán para que todo el mundo pueda formar una idea exacta de lo ocurrido.

Dicen así:

«El coronel D. Dionisio Mondejar, ha fallecido el día 25 de enero á las dos menos cuarto de la madrugada, á consecuencia de una pulmonía complicada con calenturas tifoideas, asistido por el doctor homeópata D. Jose Nuñez.

Su enfermedad procedió de una constipación que principió el mismo día en que el brigadier Paniagua fue acometido de la pulmonía que también le llevó al sepulcro, asistido igualmente por el mismo señor Nuñez esto es, el 11 de enero; desde este día sufrió el constipado, asistiendo á su amigo sin hacer cama ni descansar y sumamente afectado por el mal estado en que veía á aquel, hasta que el día 17 por la noche después de pasarlo con grande dolor de cabeza y vahidos, fue acometido de un fuerte calosfrio, que á las dos de la madrugada del 18 le obligó á meterse en cama, quejándose de un fuerte dolor al costado y al pecho, y sufriendo también un delirio alto.

El mismo día 18 le visitó el señor Nuñez, y después de verle manifestó que se hallaba acometido de un *tifus espantoso*, por lo cual aconsejó á los amigos que le asistían, que se proveyeran de alcanfor para evitar un contagio (1), lo cual tuvo efecto hasta el punto de, notar el enfermo, y extrañar que varios de sus amigos no entrasen á saludarle, causándole esto grande aprensión y no poca pena, según consta á algunos de los mismos por las expresiones tristes que les dirigió.

El día 19, aunque mejorándose algo, lo pasó inquieto con los mismos dolores, pero cediendo el delirio. El 20 estuvo bien, y en este lo mismo que el

anterior manifestó el señor Nuñez que no había nada que temer; pero en este con especialidad, habiéndole manifestado el enfermo que deseaba saber cual era su estado para arreglar con detenimiento sus asuntos de intereses, contestó que estaba bien, ratificándolo una y muchas veces, ya á sus amigos, y ya más particularmente á un individuo de su familia á quien dijo estas terminantes palabras: *está bien, definitivamente yo respondo*. Pero aquel, á pesar de todas estas seguridades, justamente alarmado por haber oído al doctor Alvarez, ayudante del señor Nuñez, que era la misma enfermedad que había sufrido el brigadier Paniagua, y que seguía los mismos trámites; viendo á este de cuerpo presente arrojando sangre por la boca, se atrevió á proponer al señor Nuñez si tendría inconveniente en que se celebrase una junta, rogándole á la vez le dispensara esta manifestación que no envolvía ni desconfianza, ni ofensa; sino un vehemente deseo de tranquilizarse más y más, tanto para sí, cuanto para los demás de la familia del enfermo que estaba ausente; á lo cual el señor Nuñez con la mayor amabilidad contestó, que aun cuando era innecesaria esta consulta no tenía inconveniente en que se celebrara. Ocurrido esto, y habiéndose contado con los amigos del señor Mondejar y personas interesadas por él mismo, viendo que unos lo deseaban y otros accedían gustosos, se decidieron por la junta propuesta, y al efecto, se buscó nuevamente al señor Nuñez en su casa y con la mayor urbanidad fue enterado de que se deseaba celebrar la junta indicada, para que tubiera la bondad de señalar cuando había de tener efecto, indicándole también que asistirían los señores Hisern y Arce. Señaló las diez de la noche del mismo día 20; y por un incidente imprevisto, algunos de sus amigos accediendo á cierta indicación, citaron á última hora al facultativo señor Briz. Llegada la designada se presentaron los cuatro y practicaron el oportuno reconocimiento, no sin ocultar la verdad al enfermo pues se lo dijo que la junta era para su amigo. Celebrada esta, cada cual explicó la enfermedad según la comprendía indicando los medios curativos, etc., etc., y expresando los señores Briz y Arce que hasta el sétimo día si se empeoraba podía mudarse de sistema, no viendo inconveniente en que si seguía bien continuase el homeopático, y conviniendo todos en que la enfermedad era pulmonía; si bien había divergencia en que fuese ó no biliosa de Estor, y en que hubiese ya, ó estubiere propenso á calenturas tifoideas. El pronóstico del señor Nuñez tanto al principiar la junta cuanto al concluir, fue sumamente satisfactorio: dijo terminantemente, *que curaba al enfermo, que lo salvaba*; dicho lo cual no se atrevieron á tanto los demás facultativos. Después de estas manifestaciones nadie esperaba lo que ocurrió: el señor Nuñez se despidió de la asistencia del enfermo suponiendo lo hacia por decoro á la facultad, porque no había necesidad de la junta, porque perdía el tiempo que necesitaba, por que..... En vista de esto el pariente y amigos del enfermo que principalmente la habían provocado, habiendo oído el pronóstico del señor Nuñez, le rogaron no abandonase al paciente, humillándose él primero, si humillación cabe, á pedirle mil perdones si en algo le había faltado, haciendo sin embargo, una ligera manifestación de lo ocurrido para probar que no había ofensa, y suplicándole sumamente afectado que no hiciera sufrir al enfermo (que hasta ignoraba que la junta fuera para él), las consecuencias de cualquier imprudencia cometida involuntariamente por su parte. A esta sazón el señor Briz pidió explicaciones al señor Nuñez, diciendo que *le había sorprendido aquel exabrupto*, y todos los facultativos tratando de tranquilizar á los circunstantes ofrecieron que el señor Nuñez continuaria en la asistencia; para lo cual, sin embargo, hubo necesidad de que cierto personaje se interesara en ello.

Volviendo al curso de la enfermedad, después de la digresión hecha, debo continuar diciendo que la noche del 20 la pasó regularmente aunque sin dormir y con algo de delirio. El día 21, no asistió el señor

Nuñez y mandó á su ayudante señor Alvarez, que encontró todo el día bien al paciente, que pudo escribir por sí á su señora: la noche la tuvo inquieta, principiando el recargo al anochecer. El 22 le visitó el señor Nuñez y dijo se hallaba bien: en este día durmió unas tres horas: á las diez de la noche cuando volvió el mismo señor, manifestó que la expectoración había empeorado, y el recargo era mayor; pero que no había cuidado. Esta noche la pasó también muy inquieta y con bastante delirio. El día 23 cuando le vió el señor Nuñez á las nueve y media, manifestó, que la expectoración era *infernal* (1): volvió á las cinco, y dijo que había pensado pedir nueva consulta para el día siguiente; pero que si se quería la celebrarían aquella noche á las 9 porque se agravaba el enfermo: se citaron á los mismos facultativos, pero ya era tarde: á las siete y media sus amigos tubieron que andar muy deprisa para que pudiera otorgar su testamento militar porque no hubo tiempo de buscar escribano. A las ocho y media ya tenía enteramente turbada la vista, encorbada la lengua, seca la boca, todo él sin movimiento, sin inteligencia, absolutamente postrado y con un abundante sudor frío.

Buscando entre tanto al señor Nuñez, no se le halló: fué su ayudante y mandó darle la unción, lo cual tuvo efecto.

Así permaneció hasta cerca de las nueve, que principió á tomar vida, porque la naturaleza pudo entonces más que el mal. Cuando le reconocieron los facultativos, estaba muy mejorado: ya entendía y contestaba algo. En la nueva consulta principió diciendo el señor Nuñez que se había agravado el enfermo (*¡ya lo veían!*) y pedía el consejo de sus compañeros; pero nada dijo de su pronóstico anterior, ni ha dado satisfacción de aquel *yo respondo*. Hablaron todos, y si bien convinieron en que había calenturas tifoideas y pulmonía, convinieron también en que la enfermedad era la misma, enteramente la misma que reconocieron la noche del 20, solo que se había desarrollado. Los señores Arce y Briz, opinaron en un principio por el sistema alopatóico, aunque era ya tarde, el señor Nuñez é Hisern por el homeopático, y dejando la elección á la familia y amigos, el pariente que en la primer junta había suplicado tanto al señor Nuñez, consecuente con cierta oferta, se retiró sin emitir su parecer. Continuó al fin el señor Nuñez con la asistencia. En las tres horas que duró la consulta el enfermo se mejoró notablemente, la noche la pasó mejor que podía esperarse. El día 24, aunque en un estado grande de postración, estuvo mejor que se creía; y el señor Nuñez cuando le vió por la mañana manifestó había una mejoría admirable. A las cuatro de la tarde principió el recargo, no expectoró, tuvo hipo, y cuando á las diez le vió el señor Nuñez, dijo que estaba en grande peligro; pero que aun había esperanza; debiendo advertirse que su estado era de total postración, sin oír, sin abrir siquiera los ojos, y con grande hervidero en el pecho aunque sin estertor. De este estado no ha salido, y falleció á las dos menos cuarto de la madrugada del día 25.

Esto es lo ocurrido en el curso de la enfermedad del coronel Mondejar, habiendo omitido únicamente los medicamentos que se le han administrado, por que no ha habido recetas, sino que han sido aplicados por los facultativos, y en algunas ocasiones en seco y á dosis de seis ú ocho glóbulos cada vez.

Para concluir solo resta decir que tanto el coronel Mondejar como el brigadier Paniagua han sucumbido con poca diferencia al mismo día de su enfermedad, y que los dos arrojaban porción de sangre por la boca. Advertiendo, que del brigadier P. se dijo era pobre la naturaleza; del coronel M. no puede decirse esto porque á la edad de 41 años, estando robusto y sano, no hay naturaleza pobre.

Si á lo manifestado hay quien altere algo, se citarán los testigos presenciales á todo.

(1) No hay glóbulos preservativos del contagio? (N. de la redacción.)

(1) Perdonaré esta vez á la tecnología científica de los homeopatas? (N. de la redacción.)

La *Linterna* puede asegurarlo sin temor de ser desmentida; y contestar al *Centinela de la homeopatía* al artículo que inserta en el número 6.º del primero de febrero. Puede asegurar también por cuánto queda manifestado, que el jefe de la homeopatía en esta ocasión no ha dado pruebas de conocimientos facultativos por más que sea tan defensor de su doctrina, ni pruebas de su delicadeza por más que sea tan susceptible de ofenderse. El señor Nuñez dijo que curaba al enfermo y que respondía de él. A los cuatro días de decir esto, fue aquel llevado al sepulcro ¿qué responsabilidad cabe al señor Nuñez? ¿qué responsabilidad podrá exigirse algún día al señor Nuñez? El *Centinela* podrá indicarlo.

Hasta aquí la narración del pariente testigo presencial de estos hechos: ahora nos incumbe á nosotros dirigir nuestra voz á la prensa facultativa, á la política, y á las autoridades encargadas de velar por el cumplimiento de la moral médica, áncora respetable que tiene la sociedad para recurrir contra los facultativos ignorantes ó mal intencionados.

No vamos á formular una acusación porque se haya muerto el enfermo: el facultativo por más ciencia que tenga, por más esmero y buena fé, no puede en determinados casos librar de las garras de la muerte á un paciente, pero el facultativo está obligado á dar cuenta de sus acciones á la sociedad entera: esta no pocas veces ha lanzado cargos severos contra profesores acusados de ignorancia ó mala fé, y para hallar las verdaderas pruebas de su conducta moral y científica, ha recurrido á ver las recetas que el facultativo ha dispuesto: estas son la salvaguardia de la sociedad, porque en ellas se halla la firma del que ordenó las prescripciones: las recetas son el documento fehaciente que prueba la ignorancia, la ciencia y la buena ó mala fé del facultativo. Con esa poderosa traba la sociedad puede asegurarse de las cualidades que adornan al profesor; porque aunque el público profano no sea autoridad suficiente para resolver en el asunto, para eso hay cuerpos facultativos encargados de dar sus luminosos dictámenes en casos de queja. Pero en el presente, en el del desgraciado brigadier Mondejar y en otros muchos que podríamos enumerar, ¿cómo prueba el facultativo de cabecera, que ha cumplido con los preceptos de la ciencia, y ha llenado el severo deber de la moral médica? Prescindamos de que la medicación homeopática no es la reconocida oficialmente por nuestro gobierno, y de que la autoridad puede hacer un cargo á los profesores de esta doctrina, por cada enfermo que con ella se les desgracia, en atención á que olvidando los preceptos y principios reconocidos por la ciencia, se lanzan á costa de la vida de sus semejantes á peligrosos ensayos: prescindamos de que los cadáveres de los señores Paniagua y Mondejar iban arrojando sangre por la boca, demostrando con tan triste señal el error por lo menos, de los que por ciego sistema se niegan á toda clase de evacuaciones sanguíneas aun en casos extremos: prescindamos de la circunstancia de dar al enfermo los glóbulos en

cantidades de seis y ocho cada vez, desmintiendo las bases homeopáticas en la administración de sus anises. Si de esto prescindimos por ahora, no podemos hacerlo así de la inmensa falta (otro nombre merece) de moral médica que el facultativo de cabecera ha cometido.

Este facultativo, sacando los glóbulos de su petaca se los ha dado al enfermo. Qué es lo que le ha dado? Cómo prueba ahora que llenó la indicación que su práctica le aconsejaba? Dónde están las recetas que manifiesten la ciencia, prudencia y buena fé del facultativo?—La vida de los hombres vale tan poco, que sin consideración de ningún género, sin responsabilidad de ninguna clase, puede un hombre jugar con ella? La sociedad, las leyes, la moral médica y el decoro facultativo no merecen que el profesor deje un rastro siquiera, por donde se pueda formar una idea de su tino científico, y de su comportamiento moral? Qué sería de la sociedad el día en que los facultativos estuviesen autorizados para dar á los enfermos los medicamentos sin necesidad de prescribirlos en fórmulas, y sin que el paciente supiera lo que tomaba?

Cómo se libraria la clase facultativa de que en ella ingresasen hombres desmoralizados, que abusando de su posición, torciesen el curso de las enfermedades, y el lecho mortuario fuese para ellos el campo donde llevasen á cabo sus cálculos de infamia ó inmoralidad? Por que se prohíbe á los profesores de farmacia que despachen medicamentos de uso interno sin prescripción facultativa? Por qué tienen tanta responsabilidad los farmacéuticos en este caso y en el de preparación de medicamentos? Por qué la sociedad al mismo tiempo que ha concedido derechos á los que han dado pruebas irrecusables de su talento científico, les ha impuesto deberes graves, con los que puede ponerse á cubierto de la maldad autorizada con un título, que es la peor de las maldades. La legislación vigente ordena que en poblaciones donde no haya más que un médico ó cirujano, y un farmacéutico que sean parientes próximos, la autoridad intervenga para que uno de ellos abandone el pueblo, ó deje de ejercer su profesión. Las leyes tienen el noble objeto no solo de castigar faltas y crímenes, sino el de prevenir y evitar la perpetración de todo género de delitos. Y cuando está declarada la incompatibilidad de ejercer estas dos profesiones, ¿por qué el médico de cabecera que asistió á los infortunados Mondejar y Paniagua, reasumió en sí las atribuciones de médico, farmacéutico y enfermero? Quién puede asegurar hoy la sustancia que se administró á aquellos desgraciados?—Varias causas conocemos formadas á profesores, por que se ha creído que han equivocado la medicina ordenada á un enfermo, ó la dosis en que se debía administrar: en estos casos, las recetas obran como cabeza del proceso; y sin que nos causemos en ir á buscar citas atrasadas, los periódicos franceses del mes de enero del presente año, contienen un caso que en apoyo de lo que dejamos espuesto, vamos á copiar. *La Union Médica*, órgano acreditado de la cirugía española en su número de 6 del corriente dice lo que sigue:

Intoxicación por el laudano líquido.—Uno de nuestros colegas de París, que lleva el mismo nombre que nuestro periódico, refiere el 21 de enero pasado, los detalles de la vista de una demanda entablada en la cámara sétima del tribunal correccional de París, contra el doctor M. Deguis, acusado de homicidio por imprudencia.

El hecho es, que M. Deguis asistía en primeros de octubre á M. Labbé, maestro de postas en Allfort, á quien por un error lamentable recetó el día 15 una lavativa de diez granas (cada grama tiene veinte granos) de laudano de Sydenham, en vez de hacerlo de diez gotas. El resultado fue que, despachado por el farmacéutico creyendo se usara para cataplasmas y lavativas, administrado á M. Labbé, sucumbió del 16 al 17, sin que el café, el áloe y demás medios empleados pudiesen evitarlo.

Tratándose de saber si la muerte era ó no el resultado de la imprudencia del médico, los señores Cruveilhier, Devergie y Rayer, concluyeron negativamente, fundados sobre el estado anterior del enfermo, sobre el intervalo transcurrido entre los síntomas del envenenamiento y la muerte.

Apesar de esto parecer, demandado M. Deguis, que compareció revelando en el semblante el intenso dolor que le oprimía, pues apreciaba sinceramente á M. Labbé, después de oír al acusado que lamentó su error, á los testigos, fiscal y al defensor M. Duvergier, el tribunal declaró á M. Deguis culpable de homicidio por imprudencia; pero considerando los cuidados prodigados por Deguis á su amigo, le concedió el beneficio del artículo 463, y le condenó á 15 días de prisión, 500 francos de multa y las costas.

Véase cuán necesario es que las recetas se lean atentamente una y más veces después de extendidas.»

Véase aquí si es precisa la responsabilidad facultativa: si Mr. Deguis hubiera llevado la medicina en el bolsillo, quién habría reconocido su error y cómo se le podría haber acusado y penado, para que en lo sucesivo fuese más prudente y menos indiscreto? Quién podrá asegurar, que sentado el precedente injusto de comparabilidad en el médico para disponer y dar medicinas, no podrían suceder casos de envenenamientos involuntarios y de envenenamientos calculados? En todas las clases en medio de hombres justos é irresponsables los hay desmoralizados, venales y sin freno.

Hé aquí por qué nosotros nos dirigimos á la prensa y á las autoridades; á la primera para que nos ayude á poner de manifiesto la intensidad del mal que denunciarnos á la segunda para que obrando en el terreno legal se apresure á tomar las medidas que el hecho denunciado reclama.

No es una mezquina cuestión de defensa de intereses y derechos hácia una clase á quien deseamos se la ampare y proteja, por los justos títulos que para ello tiene: nuestra cuestión es más grande, más elevada y de más lata consecuencia: esta cuestión es de moralidad, es de salud pública, y por eso incumbe á la sociedad entera, en beneficio de quien hemos levantado nuestra voz. Esperamos que nuestra escitación no será escasa en buenos resultados.

Imp. á cargo de Manuel A. Gil, Estudios, 9.